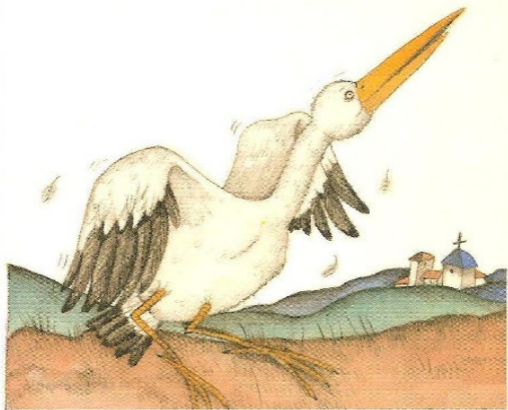


ala delta

Germán DÍEZ BARRIO

**MIS VECINAS  
LAS CIGÜEÑAS**



se

Todos los años llegan cigüeñas al pueblo de Quique. El toque de campanas avisa de que están de vuelta y la gente se reúne en la plaza para ver cómo se instalan en su nido y para recordar los refranes que hablan de ellas. Mientras permanezcan en el pueblo, todos vivirán pendientes de las cigüeñas.



Germán Díez Barrio

# **Mis vecinas las cigüeñas**

**Ala Delta - 146**

**ePub r1.0**

**Hoshiko 16.12.14**

Título original: *Mis vecinas las cigüeñas*

Germán Díez Barrio, 1992

Ilustraciones: Ana López Escrivá

Diseño/Retoque de cubierta: José Antonio Velasco

Editor digital: Hoshiko

ePub base r1.2



A los vecinos de Buenavista  
de Valdavia (Palencia), que no  
saben vivir sin sus cigüeñas.

Nidos hago grandes,  
tapo chimeneas;  
si no lo aciertas,  
tonto seas.

*Por ahí viene volando  
con una niña pequeña  
y la deja con sus padres  
nuestra amiga...*

# 1

---

**O**YE, tú, que dice don Urbano, nuestro maestro, que la cigüeña es el ave más conocida y la que disfruta de mayor popularidad en Buenavista. Lo que sí es verdad es que nadie la confunde con otro animal, ni siquiera con las grullas, y eso que son algo parecidas. La distinguimos a la legua.



Seguro que tú también eres capaz de diferenciarla entre otras aves.

Todos los años, al finalizar el mes de enero, nos repite la misma copla: «Las cigüeñas son nuestras aves de paso más amigas, son una especie protegida y respetada, porque nos benefician comiéndose bichos malignos y porque nos hacen grata compañía cuando llegan a nuestras tierras los primeros días del mes de febrero; y si en esa época no llegan, es que ven nieves por el camino y el instinto las detiene en el viaje».

Se lo sabe de carrerilla, y nosotros, también.

Yo le pregunto que a cuántos kilómetros de distancia es capaz una

cigüeña de distinguir la nieve. No me contesta porque está a lo suyo. A don Urbano no se le puede interrumpir cuando está hablando, se le va el santo al cielo y lo mismo no vuelve. Igual que le pasó una vez que nos estaba contando el paso de Aníbal por los Alpes; le interrumpió Vitines y ya no supo continuar.

Después de la perorata que nos ha echado, nos advierte que, como vea a algún chiguito tirar piedras contra el nido, le da unos buenos pestorejones. ¡Duelen! Yo todavía me acuerdo del último que me dio, un pestorejazo de esos de agárrate que hay curva.





No veas lo pesado que se pone el maestro con esto de las cigüeñas. Para mí que disfruta más que un chivín comiendo sopas de leche. Ana dice que le ha visto observando con sus prismáticos a las zancudas. Cuando salimos de clase y vamos a jugar, él se sube a la torre de la iglesia y desde allí las ve.

—Estas aves mensajeras —concluye don Urbano— son respetadas y veneradas por los labradores, y no olvidéis que la mayoría, por no decir todos, sois hijos de labradores.

—Sí, señor maestro —canturreamos todos.

Y todavía más:

—El labrador espera la llegada de las cigüeñas, animales de buen agüero, que anuncian un cambio de tiempo: el camino de la primavera y el final del invierno.

—Sí, señor maestro —respondemos todos desde la puerta que perdemos el culo.

Las últimas palabras de don Urbano nos dieron a entender que la pareja de cigüeñas estaba en Buenavista o en sus alrededores.

—¡Ya han llegado!

—¡Ya están aquí!

—Al último que llegue le damos un mazaculos.

Corrimos hacia la iglesia, y al no

encontrarlas en el nido, cada uno nos dirigimos al lugar que consideramos más conveniente, pensando todos que íbamos a ser los primeros en verlas. Por indicación de tío Modesto, que sabe mucho de cigüeñas, yo fui a una charca que está lejos del pueblo. Durante el camino pensaba si merecía la pena tanta caminata. Seguro que otros amigos las verían antes. No iba a tener yo la suerte de ser el primero. Eso me parecía mucho arroz para un pollo.

Mientras el sacristán no repicase las campanas, había posibilidades de ser, por un día, el más importante del pueblo. Esto me animó a seguir corriendo en dirección a la charca. ¡Qué

alegría me corrió por todo el cuerpo! Como un calambre, ¿sabes? ¡Vaya potra que tuve! Los ojos se me hacían chiribitas al ver allí a la pareja de zancudas comiendo los primeros pececillos. Con qué maestría, con qué rapidez... ¡Otra vez al buche!

Me di la vuelta y, a todo correr, fui a buscar al maestro. Llegué a su casa con la lengua fuera.

—Don Urbano, don Urbano...

Nada. No estaba.

Seguro que se había subido a la torre. Puse los pies en dirección a ella y allí me tienes.

—Don Urbano, don Urbanooo...

—¿Qué pasaaa, Quiqueee?









Quique soy yo, ¿eh, tú?

—Que he visto a las cigüeñasss.

—¿Dóndeee?

—En la charcaaa...

Su voz se oía más cercana.

—¿Cuántass?

—Doss.

Bajó al lugar donde yo me encontraba y precisó:

—Mañana te haré un buen regalo por ser el primero. Ahora, vete a casa del señor alcalde y se lo comunicas. El te dará la propina.

Además de dinero, el alcalde me dio nueces, avellanas y dos coreanos.

—Gracias, señor alcalde.

—A ver si el próximo año eres otra

vez el primero en verlas.

—Bueno.

*Por san Blas,  
la cigüeña verás;  
y si no la vieres,  
señal de muchas nieves.*

## 2

---

**T**ARDÓ menos en correrse la voz que yo en comerme los coreanos. Los coreanos son los pirulís, para que no se lo preguntes a nadie.

Al poco rato, todo el pueblo merodeaba en torno a la iglesia, alertados por el repiqueteo de campanas efectuado por el sacristán. Nuestras

amigas no se hicieron esperar. Los mayores, que yo creo que estaban más impacientes que nosotros, cuando vieron aparecer a las cigüeñas, explotaron de alegría.







Les dieron la bienvenida con un improvisado concurso de refranes.

El primero en soltar la lengua fue tío Modesto, que llevaba un buen rato apoyado en su cachava:

—Por san Blas, la cigüeña verás, y si no la ves, la nieve por los pies.

Todos entendimos que a partir de entonces comenzaba el buen tiempo.

Y don Mariano, nuestro cura, también:

—Por san Blas, la cigüeña verás; y si no la vieres, mal año esperes.

Siguió Antonio, el herrero, que parecía que estaba machacando hierro:

—Por san Blas, la cigüeña verás; y si no la ves, mala señal es.

Detrás, la señora Claudia, la comadrona, que sabe mejor que nadie que los niños no los traen las cigüeñas:

—Por san Blas, la cigüeña verás; si no la vieres, año de nieves; y si la vieres, año de bienes.

Casimira, la mujer de Aniano, se frotaba las manos pensando en la cosecha, a la vez que decía:

—Si por febrero la cigüeña verás, año de bienes tendrás.

Hasta las cigüeñas se quedaron con el pico abierto cuando la señora Petra dijo lo que nadie sabía:

—El día de la Candelaria, la cigüeña en las campanas; y si no hace frío, la golondrina busca su nido.

Todos dijimos con la mirada: «¡Qué lista es la señora Petra!»

Los miembros de la cofradía Los Cigüeños nos pusimos delante de todos esperando la señal de don Mariano, nuestro cura.

—Que empiecen los cofrades —  
señaló don Mariano mirando a Toñín.

Los cofrades habíamos preparado, con ayuda de don Urbano, un cuento encadenado. A don Urbano le gustaba quedar bien cuando estaba el pueblo delante. Quería que el vecindario se diese nuevamente cuenta de que se preocupaba de enseñarnos, y encima era verdad. Don Urbano era de los maestros

que sabían todo. Nos había advertido que hablásemos alto y claro. Y eso hicimos:

—Acaban de llegar a Buenavista las cigüeñas.

—Las cigüeñas en la torre tienen su nido.

—En el nido pondrán los huevos.

—De los huevos nacerán los cigüeñines.

—A los cigüeñines les darán de comer los padres.

—Los padres les enseñarán a volar.

—Volarán alrededor de la torre de la iglesia.

—De la torre de la iglesia irán a la

charca.

—En la charca se alimentarán de renacuajos y pececillos.

—Los pececillos se quedarán tranquilos cuando se junten las cigüeñas en una laguna y vuelen a un país cálido.

Las cigüeñas, agradecidas, extendieron sus alas y volaron sobre nuestras cabezas.

A don Urbano se le caía la baba y a nosotros..., ya te lo imaginas.

Más tarde, los cofrades pasamos por las casas repitiendo la frase: «Somos los cofrades de la cigüeña y venimos a pedir para la merienda».

Nos dieron huevos, chorizo,

nueces... y algún dinerillo. En la merienda nos juntamos veinte. Nos pusimos como el hijo del esquilador.







Los demás pueblos nos llaman los Cigüeños. No nos molesta el apodo, peor sería que nos llamasen los Sosos, como a los de Prádanos. Todo fue porque había tres nidos en el pueblo y nosotros, claro, presumíamos de cigüeñas. Siempre que se presentaba la ocasión, lo soltábamos: «Porque en mi pueblo hay tres nidos de cigüeñas, y no veas lo que alegran la vida de los vecinos. No te quiero contar cuando vuelan los cigüeñines... Hasta quince zancudas hemos visto juntas». Sin querer queriendo nos habíamos puesto de acuerdo en el número. Si lo quieres comprobar, vente un día por aquí. Te lo vas a pasar pipa.

No sólo en Buenavista, sino también en los demás pueblos se recibe con alegría y alborozo la aparición de estas aves en el campanario. Todos los vecinos de mi pueblo saben el refrán: Mira con cara risueña por san Blas a la cigüeña. Sabrás que es un ave muy beneficiosa porque limpia el campo de alimañas.

San Blas es el 3 de febrero, lo sabes, ¿verdad?

Dice tío Modesto, que sólo tiene ojos para las cigüeñas y las golondrinas, que hay años en que llegan con unos cuantos días de anticipación, anunciando un buen tiempo primaveral: Si en enero la cigüeña para, la nieve será rara. Se

oye también que por san Vicente, cigüeña apareciete. ¿Sabes cuándo es san Vicente? Yo tampoco lo sabía, lo he tenido que mirar en el calendario que tiene mi abuela colgado en una pared de la cocina, y pone que el día 22 de enero.

Se me olvidaba decirte que el regalo del maestro siempre era el mismo: un libro.

*Es blanca como la nieve,  
es negra como el carbón,  
las patas como una vela,  
el cuello como una hoz.*

### 3

---

**D**ÉJAME que te recuerde que la cigüeña común, la que tú ves en la torre de las iglesias o en la copa de algún árbol, tiene un tronco fuerte y esbelto, que alcanza el metro de longitud. Sus alas extendidas miden dos metros. ¿A que creías que eran más pequeñas nuestras amiguitas? La cabeza

es redonda y el cuello largo. Patas largas y pico largo, acabado en punta. ¿Nunca has oído que a alguien le digan: tienes las patas más largas que las cigüeñas? Pues viene de ahí. Yo no sé si te habrás fijado alguna vez en que presentan un abundante plumaje blanco, menos las plumas de las alas, que son negras, y el pico y las patas de color rojo.







¡Qué te voy a contar del vuelo de nuestras zancudas! Es demasiado. Cuando veas una, párate a observarla. Estira el cuello hacia adelante, ella, no tú, y las patas hacia atrás, todo lo que es de larga. Vuela batiendo las alas lentamente, muchas veces en círculos, y a veces sube... ¡que para qué! Si decide posarse en un tejado o en la copa de un árbol, planea haciendo una espiral, una espiral perfecta.

A mí me gusta mucho verla quieta, apoyada sobre una sola pata echando un sueño. Hasta de dormida mantiene una postura elegante. Oye, no se le mueve ni una pluma.

Me ha hecho mucha gracia su forma

de correr, parece que va pisando huevos; a pesar de tener las patas largas, corre con dificultad. Dirás que cómo lo sé yo. Las he hecho correr para comprobarlo. Estaban en un prado comiendo, y, al verme, echaron a correr; viendo que yo iba detrás de ellas, emprendieron el vuelo. Sé que no está bien interrumpirles la comida, pero... Gracias a mi ocurrencia, te has enterado tú de una cosa más.

Con esto no quiero decir que sean aves desconfiadas, qué va. Siempre que no les hagas nada, pueden caminar a un paso de ti. Si observan algún ruido o algún movimiento extraño, desaparecen. Tío Modesto ha estado en el prado

segando con el dalle a cinco metros de ellas. Y ellas tan contentas.

—Parecía como si me conociesen de toda la vida —comentaba orgulloso mi tío.

—¿Mientras, usted qué hacía?

—Yo a lo mío: seguir segando. De vez en cuando las miraba de reojo.

—¡Qué suerte!

Se dan perfecta cuenta de si las respetas y las quieres ayudar. Me estoy acordando ahora de lo que pasó en mi pueblo, en Buenavista, hace dos años. Te lo cuento: hubo un vendaval y tiró el nido. Un cigüeñín se dio contra el depósito del agua, que es de cemento, y se mató; y otro, que no fue capaz de

volar en contra del viento, se cayó al suelo rompiéndose un ala. Enseguida lo trasladamos a un corral. Dispusimos unas pajas en forma de nido y lo curamos como pudimos. Los primeros días le ayudábamos a comer introduciendo las lombrices y los insectos en su pico. Estaba contentísimo con nosotros, y nosotros... para qué te voy a contar. Nos miraba con unos ojos de agradecido... Se daba perfecta cuenta de todo lo que hacíamos por él. Después lo llevamos a uno de ICONA y él se encargó de dejarlo en buenas manos para que se restableciese totalmente. A todo esto, los padres no hacían nada más que volar sobre el lugar

donde había estado el nido. Sin duda estaban muy apenados. ¡Cómo no lo iban a estar después de todo lo que habían pasado!

Pepín y Toño, que lo vieron, se encargaron de prepararles un nido en mejores condiciones que el anterior.

—Parece que está seguro —dijo Toño.

—Mejor que el que había —certificó Pepín—. Nosotros, cuando hacemos algo, lo hacemos como Dios manda.

A los dos días, las cigüeñas, otra vez agradecidas, depositaron en el nuevo nido las primeras ramas. Se enteró todo el pueblo de que las

cigüeñas no habían aborrecido el nido, bueno, el lugar donde estaba antes el nido.

Son algo triperas a la hora de comer. Comen casi todo lo que pillan: ranas, sapos, peces,

pequeños roedores, insectos, gusanos... Les pegan unos buenos picotazos y para dentro. Tienen también sus especialidades: las culebras. Son unas verdaderas expertas cazando culebras. Tú ves a una cigüeña inmóvil en una charca o en una laguna, observando a su presa; va una culebra y culebrea; en ese momento, la zancuda lanza su pico con tal precisión que es muy difícil que falle. Donde ponen el

ojo, ponen el pico.

Los insectos los caza al vuelo. Todos los que se despistan van a parar a su pico. Por esto dicen los labradores de mi pueblo que es muy beneficiosa para los campos cultivados.

Me ha dicho mi tío Modesto, y seguro que es verdad porque de estas cosas sabe más que los ajos, que el mejor festín se lo pegan en los surcos recién arados. Como saben que los labradores las respetan, se sitúan cerca de ellos y siguen los surcos que va haciendo el arado. Es un picoteo continuo, para volverse locas. No hay lombriz o gusano, que saque la cabeza entre la tierra, que se resista a su pico

pirilargo.

Después de zamparse todo lo que puede, devuelve pelotitas con los restos no digeridos de sus presas.

*Te lo pongo fácil:*

*Una cigüeña sale de paseo,*

*tira una bolita,*

*¿adónde irá a parar:*

*a Burgos, a Francia o a San*

*Sebastián?*

No es una adivinanza, ¿eh? Lo utilizamos para echar a suertes.

Te preguntarás que por qué sé tanto de cigüeñas yo que soy un rapaz, como



me dice el señor Saturnino. Muy sencillo: las veo todos los días unas cuantas veces. Vivo a dos pasos de ellas. Salgo de casa, y casi me doy de morros con ellas. En esto tengo suerte, lo reconozco. Todos no pueden decir lo mismo. Desde la ventana del desván, con los prismáticos que me regalaron el día de mi primera comunión, veo todo lo que hacen y hasta lo que dicen. Las cigüeñas hablan y no hablan; tú ya me entiendes. Me lo paso bomba. Se van las horas..., que ni de merendar me acuerdo, y eso que los bocadillos que me prepara mi mamá... ¡Están de rechupete!

Llega mi padre a la hora de la

comida con más hambre que un cavador,  
y pregunta:





—¿Dónde está Quique?

—Estará en el desván viendo a las cigüeñas —responde mi hermana la mayor.

—El próximo año pondré un nido en el patio para que las tenga más cerca.

No me caerá esa breva. Anidan un año en mi patio y cobro entrada por verlas. Es una broma. Estaría contentísimo con las visitas y les explicaría todos los detalles relacionados con nuestras aves.

También te diré, para que te luzcas en clase ante tus compañeros, que hay otra cigüeña distinta de la que conocemos todos: la cigüeña negra. Esto lo he leído en un libro, no pienses que

soy un sabihondo. Ya te habrás imaginado que se llama así porque tiene las plumas negras. No se acerca a los hombres, la otra ya sabemos que sí, y vive en zonas pantanosas. Para mí que es lo mismo que ver un cuervo blanco. ¿A ti te gustaría ver un cuervo blanco? A mí, tampoco.

*Como vives en alto,  
vives airosa,  
por eso te llaman  
la buena moza.*

## 4

---

**N**O he visto ningún nido de cigüeña que esté situado en un lugar bajo. Así, cualquiera es buena moza viviendo en un alto y con esas patas tan largas. Es como mi tía Ester, que encima de ser alta lleva tacones de medio metro.

Les gustan mucho las alturas. Yo

estoy seguro de que, si los vecinos ponen un nido bien hecho en una era, las cigüeñas no anidan. Son muy escogidas. Fíjate en que una vez pusieron una rueda de carro cubierta con ramas en la Torre Vieja para que anidaran y no hicieron caso y eso que andaban planeando cerca y un vendaval les había tirado su nido, como te dije antes. Pues ni por éstas. Les gusta su nido como a ti tu casa.







Lo que más gracia me hace es que vuelan kilómetros y kilómetros y se dirigen sin ningún titubeo a su nido.

—Don Urbano, ¿por qué no se confunden de nido incluso cuando hay dos cerca? —le he preguntado.

—El instinto, Quique.

—Si vienen de África o de Asia, que está muy lejos, podrían ir a otro pueblo sin darse cuenta.

—Tú, Quique, cuando sales de la escuela y vas a tu casa a comer, te podrías confundir e ir a casa de Angelita. ¿Te has confundido alguna vez?

—No, señor maestro.

—Pues ellas tampoco. Es todo por

el instinto, es un ave de gran instinto.

Este don Urbano lo resuelve todo con el instinto, y encima será cierto. Como sabe tanto de cigüeñas, cualquiera le discute algo. Hablar de cigüeñas con don Urbano es lo mismo que hablar de medicina con un médico. Lo mejor es cerrar el pico.

No sé cómo te diría yo: son animales que les gusta mucho observar, vamos, que se lo pasan pipa viendo lo que los demás hacen; y, claro, desde el suelo no pueden. Ya te he comentado antes que también se posan en el suelo, en los prados, para buscar comida.

Yo las he visto pocas veces en la tierra. Una vez, la primera, estaban en un

prado alimentándose, pica que te pica. Me hizo tal ilusión tenerlas cerca, a unos pasos de mí, que corrí hacia ellas para abrazarlas. Cuando me vieron correr, emprendieron el vuelo y me quedé con la boca abierta. No es que huyan de los hombres; sin embargo, si oyen o ven algún movimiento extraño, marchan. ¿Qué animal no huye cuando oye un ruido raro?

Dice mi padre que en un pueblo, que no sé cómo se llama, han anidado en un árbol que está pegando a una ventana de la casa de un señor. Ni se mueven ni se asustan por nada. Se han acostumbrado a los vecinos. Como te imaginarás que los vecinos las quieren, pues ellas tan

felices.

Aquí, cerca de Buenavista, a pocos kilómetros, hay un nido muy gracioso: en el depósito del agua. Y tan frescas que viven. Y otro nido en el campanario, que lo he visto yo. Los del pueblo dicen que es una cría del año anterior que se ha buscado novia. Los padres viven en el campanario, en su casa. Se juntan muchas veces, como buena familia que son, y buen ruido hacen.







Todavía no he tenido la desgracia de ver un nido en un poste o en una torre metálica de la luz, aunque, según aseguran, hasta las descargas eléctricas las respetan.

*Mis patas largas,  
mi pico largo,  
y hago mi casa  
en el campanario.*

## 5

---

**L**AS habrás visto cantidad de veces en los campanarios de las iglesias, esbeltas y señoriales como ellas solas, dominando todo el pueblo. Da gusto verlas, ¿a que sí? Oye, que ya sabes que a veces anidan en los árboles. En un pueblo, a dos pasos del mío, han hecho el nido en un chopo, un nido

perfecto, llama la atención de todos los que lo ven. No me extraña que los del pueblo estén orgullosos de sus cigüeñas. Nosotros también lo estaríamos. Ellos se dan un pote..., como si fueran los únicos que tienen zancudas.

Lo normal, y no lo digo yo, que lo dicen todos, es que aniden en los campanarios o en las torres de las iglesias. Es un lugar muy seguro para sus crías. Por la altura, ¿sabes?

La señora Claudia dice que viven en el campanario porque los cigoñinos se adormecen con el ruido de las campanas. Es como cuando se canta una nana a un niño, que se duerme. Pues así a las cigüeñas: cantan la nana a los

cigoñinos las campanas. La señora Claudia lo sabe muy bien, que ha sido comadrona. Nos ha atendido a casi todo el pueblo, y con qué ánimo. Aseguran los de aquí que, después de atarnos el ombligo, nos echaba cernada y cicatrizaba a las mil maravillas. Si lo dudas, aquí me tienes a mí. Y a mis hermanos: Chari, Patito y Alfredo. Cuando nació Ampari, como fue la última, mi madre se trasladó a la capital. Todos tenemos el ombligo igual, y bien bonito.

El nido es muy voluminoso. Lo hacen de ramas secas que van juntando año tras año. Lo arreglan y asean cada temporada. A veces los labradores

colocan una rueda de carro, sí, de carro, como suena, para que sobre ella construyan su cobijo. Trabaja la pareja intensamente hasta que se encuentran cómodas en su nueva casa.

¿Quieres que te cuente todo lo que hay en un nido, además de ramas secas? Me lo ha dicho Porfi, que vio el nido que tiró el vendaval. Apunta: lana de oveja, plásticos, trapos, brezos, espinos, abono para mullida...

Por el nido son capaces de dejarse las plumas y hasta el pico, si fuera necesario. Cada uno en su casa. Verás lo que pasó un día a finales de marzo, en la época de la puesta: estaba la cigüeña hembra acurrucada en su nido y el

macho de pie, en una esquina del tejado de la torre, que es donde más le gusta estar, cuando ve llegar a una pareja de zancudas en son de guerra. Los recién llegados sobrevuelan la torre de mi pueblo con la intención de quitarles el nido. Nuestras cigüeñas no pestañeaban. Yo creo que ni respiraban. Entonces la pareja extraña se lanzó sobre el nido. Se levantó más rápida que un rayo la cigüeña que estaba acurrucada y ¡vaya picotazos! ¡Menuda batalla de picos! Las nuestras echaron a las otras, que ya no volvieron más a molestarlas. Imagínate la que se armó. Las dejaron desplumadas, parecían dos pollos en cañones.

¿A ti te gustaría que te viniesen a echar de casa? A ellas, tampoco.

Ya has visto cómo se comportan y lo mucho que se quieren; son unas aves muy cariñosas. Las parejas permanecen juntas desde que son novios hasta que se mueren, que pueden pasar veinte años.

A finales de marzo o principios de abril, la hembra pone tres o cuatro huevos, uno cada dos días, que incuba durante un mes. Esto lo he visto yo con los prismáticos. Mientras el macho incuba los huevos, la hembra busca comida, y al contrario. Trabajan las dos aves por igual.







En estos días de primavera, de vez en cuando, la hembra se posa en lo más alto de la torre de la iglesia desde donde domina todo el pueblo. Se la ve satisfecha y muy contenta. Yo la controlo desde mi casa. Cuando quiere soñar con los polluelos que va a tener, sube a la Torre Vieja, que está en un alto, y deja volar su imaginación. Desde allí ve las espadañas de las torres de los pueblos cercanos y parece como si hablara con sus amigas. Ve a la de Barriosuso, con la que a menudo va a cazar lombrices; a la de Polvorosa, con la que se junta cerca del molino; a la de La Puebla, que ha hecho un nido tan perfecto que parece artificial, igual que esos nidos que hacen

los ecologistas y a los que se adaptan tan bien nuestras amigas. La de La Puebla está tan orgullosa de su obra que, cuando invita a sus amigos y amigas a comer unos pececillos pescados en el río Valdavia, les enseña de nuevo todos los rincones del nido donde esconde sus tesoros: lombrices, insectos y gusanos. Ella dice que son para los días de escasez, pero para mí que es un poco tripera. ¿Tú dejarías un pastel para el día siguiente? Yo creo que ella tampoco. Claro, como es tan cuidadosa y ordenada, la llaman doña Perfecta, y no les falta razón. La de Polvorosa es doña Atareada; cuando quedan en verse cerca de algún arroyo o en las proximidades

del molino, no sé cómo se las arregla que siempre tiene muchas cosas que hacer: ordena y desordena la casa tres veces al día y no te digo nada de la lana de oveja que cubre el fondo del nido, la mulle cuarenta veces. Doña Melindres, que es muy escogida a la hora de llevarse los alimentos al pico, es la zancuda de Buenavista. Si será escogida, que desechó un mosquito porque le faltaba una antena. La de Barriosuso un día salvó a un pez de la boca de una culebra y lo soltó; desde ese día lleva en su pico el apodo: Perdonavidas.





*Si la cigüeña que cigüeña  
con los cigüeñines,  
no cigüeñease,  
los cigüeñines que cigüeñean  
con la cigüeña no cigüeñarían.*

## 6

---

**D**OÑA Melindres, que tú y yo sabemos que ocupa el nido de Buenavista, intuyó que ése era el día tan esperado. Le dijo a su pareja que había llegado el momento. Y no se equivocó: tres nuevos picos que alimentar salieron del cascarón.

¡Vaya alegría! ¡Qué revuelo ha preparado el padre! ¡Qué saltos! Como siga así, va a tirar el nido. Después de comprobar que las tres crías pían como Dios manda, sale volando más rápido que un avión de reacción.

¿Adónde habrá ido? A buscar comida, seguro.

La mamá de los cigüeñines se ha escondido en el nido. Como son tan pequeñines, los estará protegiendo con sus plumas. No veo nada desde la ventana, y no es porque no lo intento. Me he quedado a verlas venir. ¡Con lo bien que lo estaba pasando!

—Oye, Quique, deja que se lo cuente yo que estoy mejor situada.



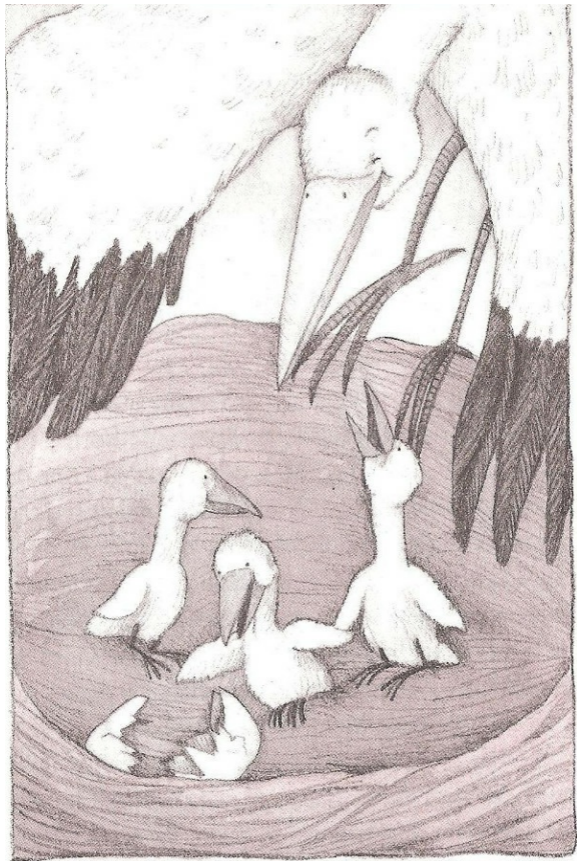
—Bueno. No te enrolles, que te conozco.

—Descuida.

Yo soy una golondrina pequeñita que tiene su nido en el alero del tejado de la casa de Porfi. Muy cerca de las cigüeñas. Más cerca que la casa de Quique. Desde mi nido lo veo todo. Estoy en una situación privilegiada. ¿No te da envidia?

Te decía antes, Quique, que la cigüeña está protegiendo a los cigüeñines con sus plumas; por eso no se la ve. Como si no estuviera, pero estando; tú ya me entiendes. El cigüeño ha ido a dar la noticia a sus amigos, y de

paso traerá unos pececillos recién pescados. Es el mejor manjar que pueden comer unas crías que acaban de nacer. No pienses que comen los peces sin más ni más. El padre va al río, pesca unos peces, se los zampa enteros y después los regurgita. Aunque la palabreja te resulte rara, a mí también, la acción la has visto muchas veces en la tele: el padre devuelve por la boca, sin esfuerzo, lo que ha comido, que sirve de alimento a los polluelos. Este acto es muy corriente en las aves, cuando son pequeñas; al hacerse mayores, cada una se busca la vida por su cuenta.





Se pone la cigüeña en el centro del nido, y los cigüeñines a piar. Mientras no llenan el pico, no callan.

Como algún pollo esté comiendo un poco más de la cuenta, los demás lo devoran con la mirada; vamos, que se lo comen. Comen más que la hermana de Manolo Nestar, que, cuando fue a comprar el vestido de novia, se comió una pata de lechazo, medio pollo y dos perdices, y la dejó el novio. Por tripera se quedó soltera.

Espera, que ya viene el padre de las tres crías que no cesan de piar. ¿No las oyes? Acerca un poco la oreja. Pues no paran. Trae el pico fuera. Ahora el cigüeño se sitúa perfectamente en el

nido y se dispone a alimentar a sus hijitos. La cigüeña se pone de pie, no sé si para estirar las patas, que falta le hace,

o para esperar a alguien. Por el aire que se da, espera visita. Se atusa un poco las plumas...

¡Huy, qué lista soy, si no es por mí, no llueve! Claro, se ha puesto sobre una pata para recibir a sus amigos. Tenías que verla: ¡Vaya aire tan distinguido que tiene!

Llega uno... dos... tres. Vienen sólo ellos porque ellas están a punto de tener cigüeñines o los acaban de tener. Los polluelos de Buenavista se han adelantado. Quique lo mismo esto no lo

sabe. Yo he echado cuentas: han salido unos cinco días antes.

El nido en estos momentos está lleno de zancudas, no cabe ni una aguja. ¡Están de foto! Ahora no veo más que picos y patas. Me voy a dar un garbeo para ver lo que se guisa. Espera... Como hay mucho guirigay, me situaré entre ellas y así no pierdo detalle. Aquí me tienes viendo los toros desde la barrera, más que nada por si se escapa algún picotazo.

Te lo cuento: todo son saludos, picotazos y aleteos. Los recién llegados regalan unas lombrices tierninas a la madre para que alimente a sus hijos. Me explico mejor que un libro cerrado,

¿verdad?

Y la de Buenavista les da las gracias y les dice que está un poco cansada, aunque muy contenta porque ha tenido tres hermosos cigüeñines, dos y una, que no paran de piar hasta que sacian el hambre. Eso es lo más grande y lo más duro para una madre, y si no, que se lo pregunten a doña Perfecta, la de La Puebla, que ha tenido la parejita, y se las ve y se las desea para que coman algún saltamontes; eso sí, sin antenas, que hasta en eso son escogidas.

¡Ay, me ha dado un pisotón el de Polvorosa, el marido de doña Atareada! ¡A ver si tienes más cuidado, hijo, y miras dónde pisas! La verdad es que



estoy en el medio, como los mozos de Ayuela, y algo me tiene que tocar.

El de Barriosuso, muy educado él, se disculpa y emprende el vuelo. Todos le comprenden. El pobre está a punto de tener cigüeñines y, como buen padre, no se quiere perder el momento en que sus hijos vean la luz.

El resto de las cigüeñas se pone a cascar el ajo para celebrar el acontecimiento. Es tan fuerte el sonido y tan bien acompasado que salen todos los vecinos a admirar el espectáculo.

No veas los que se van acercando al nido, casi no me da tiempo a contarlos. Las primeras en llegar son Porfi y Paulita, que para eso el nido está

enfrente de su casa, y se quedan con la boca abierta.

—¡Qué pena que no esté aquí el hijo de Siquia para sacarles unas fotos! — exclama Porfi.

—Sí, mujer —asiente Paulita.

Detrás de ellas van llegando los demás: Mercedes, Abundia, Moro y Maurina; Avelino, Ciano y su mujer; Ester, Aurora, Susana, mi tía Germana y Mari Luz; Cándido, que pasaba casualmente por allí; Amado, Marucha, Chapa, Churri y Chispas; Jesús, el del panadero; Raimundo, Mari Nieves, que siempre está donde ocurre algo; Pepín, que sabe más de aves y pájaros que ellos mismos; Toño, Mari y Mundín; don

Urbano y don Mariano, que, aunque no fueron los primeros en llegar, encontraron buen sitio; Salva, que había venido a comprar el pan; Luci e Irene, que pasan más tiempo en Buenavista que en Mondragón; Santiago y Daniel habían venido a respirar todo el aire de la Valdavia y no se quieren perder la música de las zancudas; Paulino y Sagrario; Clara y Rafael; Paco y su mujer; Juanjo; Julio y su madre lo ven desde su casa; Cotele y Javier desde el tractor; Gerardo y sus hijas; hasta Juani ha cerrado el bar para verlo; detrás de ella viene corriendo





Maruja, que también ha cerrado la ferretería, al tiempo que dice:

—El que quiera puntas que se las vaya a pedir al maestro armero.

—Di que sí —le apoya Juani—. Creo que sólo faltamos nosotras dos; está todo el pueblo viendo las cigüeñas.

—Nosotras dos y Rosario, que viene ahí detrás —asegura Maruja.

—Vamos, Rosario, que nosotras llegamos a los postres.

—Ya voy.

A unos metros de Rosario, su hijo Miguel, montado en la bicicleta, pedaleaba con todas sus ganas para no llegar el último.

Cómo iban a faltar Toñín, Ana,

Vitines, Angelita, bueno, toda la escuela; mi tío Modesto, Casimira, la señora Claudia y la señora Petra, y, claro, toda mi familia. Vamos, que si el señor cura pasa lista, no pone ni una falta.

No te lo vas a creer: a pesar de la gente que hay, todo el mundo está escuchando el concierto en silencio. En estos momentos, las cigüeñas terminan de tabletear, y los vecinos se ponen a aplaudir y parece que no lo piensan dejar hasta que les salgan callos en las manos. Los aplausos se estarán oyendo en toda la comarca. Las cigüeñas, agradecidas, vuelan alrededor del nido realizando círculos cada vez más grandes, hasta que desaparecen

dirigiéndose a sus respectivos nidos.



*Un nido de barro  
junto a la pared,  
el pájaro que lo hace  
canta al amanecer.*

7

---

**O** también tengo mis adivinanzas, qué crees. Lo que pasa es que a unas las tratan mejor que a otras, no sé si será por la estatura, porque fuera de eso qué tendrán las cigüeñas que no tengamos nosotras.

—Oye, déjame que siga yo.

—Perdona, Quique, es que una se

lanza...

—Ya, ya. Si me descuido, nos cuentas tu vida en lugar de la de las cigüeñas.

—No es para tanto, hijo.





—No sé yo...

—Como tú no lo ves, es mejor que diga yo que los polluelos están cubiertos de plumón.

—¿Ya está?

—Y las cigüeñas y nosotras llegamos casi a la vez. Lo recuerda siempre tu tío Modesto: El día de la Candelaria, la cigüeña en las campanas; y si no hace frío, la golondrina buscará su nido.

Ya te habrás dado cuenta de que, si no habla, revienta. Es una metomentodo. ¿Quién le ha dado vela en este entierro? Nadie. Pues chitón.

No sé por dónde iba. ¡Ah! Pues eso: que los cigüeñines tienen muchas

plumas, bueno, plumones, como te ha precisado la golondrina. Al ser tan pequeños, les dan de comer los padres. Igual que a todos. A ti también, cuando tenías gusa, te daban la papilla, ¿no?

Las crías son muy tragadoras, no sé cómo se las apañan para estar siempre piando; y los padres les dan insectos, pequeños roedores, reptiles. Comen como limas, lo mismo les da que sean saltamontes, que sean grillos o que sean escarabajos, aunque de vez en cuando se encuentra alguna tiquismiquis. El caso es llenar el papo. Como tragan tanto, se hacen grandes y a las siete semanas empiezan a volar.

Tú no veas lo precioso que es ver a

nuestras amigas dar de comer a sus hijos. Cuando veas una pareja en su nido, te detienes un rato, lo mismo tienes suerte y coincides con la hora de la comida. Nosotros, al verlas, nos quedamos con la boca abierta: parece como si esperáramos que nos den algo.

—¿Quique?

—¿Qué?

—Déjame a mí.

—¡Otra vez tú! ¡Golondrina, golondrina...!

—Por fa... Estoy tan bien situada...

En el mismo nido. Si no pío, reviento.

—Ya me he dado cuenta.

—¡Eres más guapo...!

—¿No tienes que arreglar el nido?

—Ya lo haré más tarde.

—Bueno, bueno...

Otra vez tienes aquí piando a tu pequeña golondrina. Los padres les están dando de comer, y un cigüeñín protesta porque tiene más hambre. ¡Menudos humos se gasta! La madre le contesta que también comen sus hermanos. Para mí que es un tragón y no ve más allá de su pico. Ya me contarás qué se le puede llamar a uno que sólo le ha dado Dios el pico para pedir más y más.

La cigüeña hija, que es la más menudita, se queja porque todos los días



le dan la misma comida:

—¡Siempre lombrices!

—¡Pero qué quieres, hija mía, si es el mejor manjar que hay! —le responde el padre.

—Yo quiero renacuajos de la charca.

Y la madre le dice que, cuando sea padre, comerá huevos. El pequeñín pide peces. El padre, enfadado, le contesta que el que quiera peces que se moje el culo. ¡Qué cruz con ellos! Y todos los días la misma copla. No es que no les guste comer, qué va, lo que pasa es que les gusta la variedad. Yo creo que la madre tiene razón: «Todos los días no son fiesta». Se come lo que hay, hijos.

También a mí me gustaría... No digo más, que Quique me ha echado una mirada que casi me diseca.

Te dejo con él.





*En alto vive,  
en alto vuela,  
en alto toca  
la castañuela.*

## 8

---

¡Y qué bien la toca! «Suena a música celestial», dice mi abuela, que tiene buen oído y mejor voz.

La música que tocan las cigüeñas se llama por aquí «cascar el ajo»; en otros sitios, tabletear, crotocar o majar. A la golondrina se le ha olvidado comentarte lo de «cascar el ajo»; allá voy yo a ver

si me explico bien: es un sonido muy característico que se produce en el momento de sacudir rápidamente la parte superior del pico sobre la inferior. No sé si te has enterado. Choca dos tablas y así te haces una idea del sonido.

Mientras esto ocurre, los chicos recitamos dichos y coplas que nos han enseñado nuestros abuelos.

El que mejor se lo pasa es Fonso. Tenías que verle. Hincha el pecho y recita:

*La cigüeña en la torre  
gasta corbata,  
como no bebe vino,  
no se la mancha.*

Luisito, para no quedarse atrás,  
estira el cuello y les dice:

*Cigüeña reteña,  
súbete a la peña;  
la casa se te quema,  
los hijos se te van  
por el camino de Membrillar.  
Escríbeles una carta  
que ellos volverán.*







Ester siempre recita unos versos muy graciosos que le ha enseñado su madre:

*Cigüeña reteña,  
súbete a la peña,  
que allí está tu abuela  
comiendo ciruelas;  
dile que te dé una.  
Si no te la da,  
la agarras del moño  
y la haces bailar.  
Allí está el pastor  
sacando las mantas al sol.*

Ayer, sin ir más lejos, cuando

estábamos hablando con nuestras amigas zancudas, pasó por allí tío Modesto y, al vernos tan entusiasmados, quiso animar la reunión y no se le ocurrió otra cosa que decir:

—Al que me repita bien este trabalenguas, le doy un pirulí.

—¡Bien! —gritamos todos.

—Venga, tío Modesto.

—Allá va:

*Si la campana que campaneaa  
en el campanario,  
no campaneaa en  
el campanario,  
no sería una campana  
que campaneaa en el campanario.*

Uno detrás de otro todos los chavales intentamos en vano repetir sus palabras, pero que si quieres. Como mucho llegamos a decir: «La campana del campanario campaneaa...»

—Déjame a mí: «La campana que campaneaa...»

—Quita, que yo sí que lo sé.

—Ya saltó el listo.

—«La campana del campanario campaneaa...»

Estaba bien claro que se nos había atragantado a todos la campana.

Se nos hacía la boca agua pensando en el pirulí y en el tiempo que nos podría durar chupando despacio.







—Repítalo otra vez, tío Modesto.

—Las cosas sólo se dicen una vez  
—nos contestó—. Hay que estar atentos.

Yo creo que no tenía ni un pirulí y por eso dijo el trabalenguas tan deprisa. Nos había engañado en más de una ocasión; sin embargo, todos pensábamos que merecía la pena memorizar el trabalenguas por si acaso metía la mano en el bolso del pantalón y sacaba el dulce tan deseado.

El pirulí, que en mi pueblo llamábamos coreano, era un caramelo de forma cónica atravesado por un palito que servía de mango. Para que me entiendas mejor: un paraguas en pequeño.



Parece que lo estoy chupando ahora.

¡Qué rico estaba! ¡Con lo goloso que soy...!

*Vive en las torres  
y no es veleta.  
Vuela en el aire  
y no es cometa.*

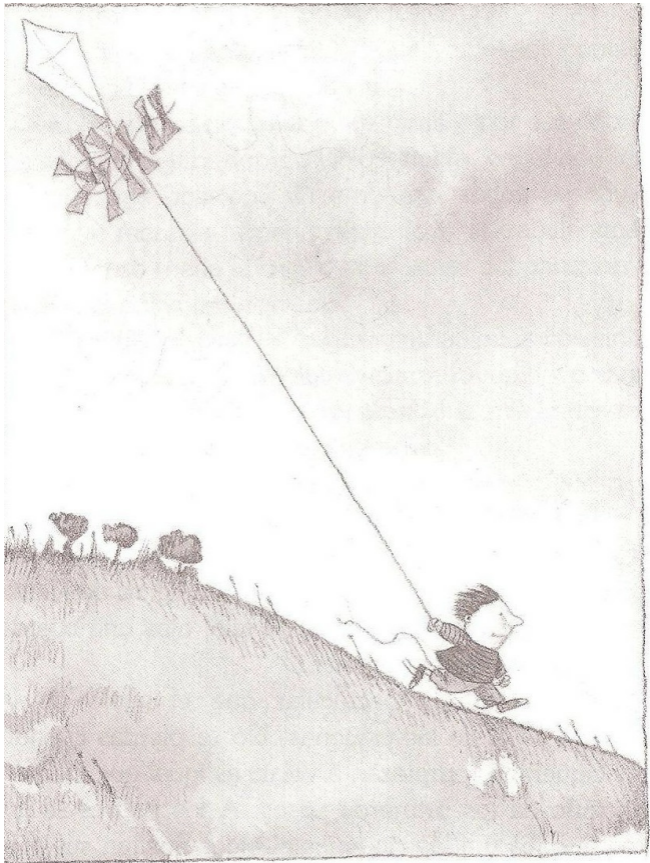
## 9

---

¿NUNCA has echado a volar una cometa? Anímate. ¿Que no sabes cómo se hace una cometa? Muy fácil: haces un armazón ligero de forma poligonal, lo cubres de papel o tela, atas una cuerda muy larga y pajaritos a volar.

Mucho más espectacular que el vuelo de la cometa es el de las cigüeñas.

No te pierdas cuando los cigüeñines empiezan a volar: es igual que cuando un niño da los primeros pasos. A los padres se les cae la baba y a las cigüeñas el pico. Sueltan sus alas en torno al nido, realizan pequeños vuelos y regresan junto a sus padres. Cada vez los vuelos son más largos hasta que baten las alas con soltura.





¿Quieres que te cuente el día que soltaron totalmente las alas las crías de mi pueblo? Fue maravilloso, nos quedamos todos... Si nos pinchan con un alfiler, no nos sacan ni gota de sangre. Don Urbano, que llevaba unos días observándolas, no pestañeaba. Él fue el que nos avisó. Pues verás: llevaban unos días iniciando el vuelo, subían en línea recta, cada día un poco más, como los niños cuando empiezan a caminar. Como tenían poca seguridad, regresaban pronto al nido.

El día que echaron el vuelo hablaron los padres entre sí. El macho se situó en la espadaña de la Torre Vieja, que está bastante lejos, y reclamaba a sus crías

batiendo las alas. Se le veía intranquilo. No perdía de vista ningún movimiento de sus cigüeñines. Éstos tenían ganas de salir por fin del nido, pero no se decidían, y eso que el padre los estaba vigilando. Entonces, la madre emprendió el vuelo con uno de ellos, y a mitad de camino se volvió. El cigüeñín, después de un momento de indecisión que nos hizo temer lo peor, continuó el vuelo hasta donde se encontraba el padre. La madre repitió los mismos movimientos con los otros dos. Cuando se juntaron todos en la Torre Vieja, emprendieron el vuelo con la intención de visitar a las zancudas vecinas, en concreto a las de La Puebla.

Me daba la sensación de que estábamos tan impacientes los que los observábamos como sus propios padres.

Esta excursión sirvió a los cigñinos para fortalecer sus alas y coger confianza en el vuelo.

Al principio, cosa normal, no se separaban de sus padres, después ya hacían sus pinitos en el vuelo y cazando ranas y pececillos. ¡Qué maestros son lanzando el pico a sus presas! Tienen a quien parecerse.

Pasados unos días, coincidiendo con las primeras fechas de verano, y después de estar muy bien adiestradas, las crías se separan de sus padres y comienzan a emanciparse de ellos, a ganarse la vida



por su cuenta. Dicen en mi pueblo que por san Juan, las cigüeñas nuevas salen a volar. Y tienen razón. Después de este día, pocos cigüeñines se ven en los nidos.





No sé si hará falta que te diga que san Juan es el 24 de junio. Para mí es una fecha que no se me olvida, ya que es la fiesta de Barriosuso. Voy todos los años a casa de mis tíos Nana y Octavio, que tienen unas fresas en el huerto... Mi madre me pone guapo, me peina y... la corbata, de ésas con el nudo de tela y el resto de goma. Yo cojo el coche de san Fernando, un rato a pie y otro andando, y a san Juan. Al pasar al lado de la torre, miro de reojo a mis amigas y me digo: por san Pablo, la cigüeña en el campo. ¡Qué pocos días os quedan!

*Tu casa es de palos  
en el campanario;  
llegas por san Blas  
y por septiembre  
de vuelta ya estás.*

## 10

---

**Y** A te he contado que su nido es como una plataforma hecha con ramas secas, que van acumulando año tras año. En esta reconstrucción gigantesca trabajan los dos cónyuges, vamos, que los dos arriman el ala. Oye, que yo he visto nidos que miden dos

metros de diámetro. Es lógico si piensas que allí a veces viven cinco zancudas; ya sabes: cinco picos largos y diez patas más largas que un mayo.

Lo que peor llevo es el comienzo del mal tiempo. Se enmudecen los pueblos, te lo prometo. No hay nada más triste que un pueblo sin cigüeñas. Además de llegar el mal tiempo, el frío y esas cosas, se nos van nuestras amigas. Yo creo que el instinto las pone de acuerdo, como decía don Urbano. Abandonan sus nidos y se reúnen infinidad de familias zancudas cerca de un lago, una laguna o un río. Cuando ya están todas, levantan el vuelo y van a países cálidos: África, Asia occidental, la India... Figúrate qué

vuelo, los kilómetros que les esperan. Hacen el viaje sin rechistar. Sin rechistar la mayoría, que siempre habrá alguna cigüeña negra en la familia que proteste.

A mí me han contado que impresiona ver tantas cigüeñas juntas; y, como ya sabes que me gusta tanto verlas, se lo dije un día a mi padre:

—¿Por qué no me llevas a ver la reunión de cigüeñas?

—Tonterías —me contestó.

—Es que... quiero verlas todas juntas.

—Ya las ves aquí a todas horas.

—Es que... se han marchado.

—Han ido a reunirse todas a la laguna de lo Nava —le expliqué a mi padre.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Don Urbano.

—Entonces es verdad.

—Podrías llevarme mañana que es fiesta.

—Bueno, bueno.

Toda la familia se apuntó a la excursión: mi madre, mi abuela, mi tía y, por supuesto, mis cuatro hermanos. Íbamos en el coche como sardinas en lata; espachurrados, decía mi abuela a cada paso. Lo malo de los viajes son los mareos. ¡Vaya viajecito que dimos a mis



padres! Empezó mi tía poniéndose pálida y lo mismo mi abuela. Mi padre paró el coche. Nos bajamos todos. Inicié yo las primeras intontonas y detrás siguieron los demás. Total: vaciamos nuestros estómagos.

—¿Arrancamos? —preguntó mi padre.

—Espera un poco que parece que a Ampari le queda algo que no acaba de salir.

—Pues sí que se puede ir lejos con vosotros. Yo que pensaba llevaros un día a Covadonga...

—Ahí voy yo —dijo mi abuela— aunque eche la papilla que comí de pequeña.

—Conque eche el desayuno como Dios manda, ya me conformo yo — concluyó mi padre.

Llegamos con los estómagos encogidos, pero llegamos, que era de lo que se trataba. Nos cambió la cara a todos. ¡No veas la expectación que allí había! Nada más ver a las zancudas, se me olvidó el mareo.

—¿Qué te parece, Quique? — preguntó mi padre al ver que no pestañeaba.

—Bien. Hay más gente que el día de la fiesta de nuestro pueblo —le respondí.

—Claro.

Y de cigüeñas, ni te digo. Se

contaban por cientos. Se veían más picos y patas que lentejas entran en un saco. Desde lejos parecía que estaba la laguna nevada, por el blanco de las plumas, ¿sabes?

Sólo se oían exclamaciones:

—¡Cuántas cigüeñas hay!

—¡Será posible que se junten todas aquí!

—¡Y digo yo que quién las ha avisado para que vengan todas a la vez!





—La de mi pueblo hace tres días que abandonó el nido.

—Toma, y la del mío.

—Estará ahí en el medio, es muy estirada.

—Todas lo son.

Nos asustamos cuando levantaron el vuelo. Nos asustamos por el ruido que hicieron y, sobre todo, porque nos taparon el sol. Sí, sí, así como lo oyes. No creas que te miento. Deberías haber estado allí para verlo. Nosotros no sabíamos qué hacer en esos momentos. Nosotros ni nadie. A mi abuela se le ocurrió sacar el pañuelo como se le podía haber ocurrido cantar *Asturias, patria querida*. Todos hicimos los

mismos movimientos. Hasta a un niño, de unos cuatro años, que no tenía pañuelo, le tuvo que quitar su mamá la camiseta para despedir con una prenda blanca a las cigüeñas; de lo contrario, prometió que no callaría. ¡Cogió un berrinche...!

A medida que se alejaban nuestras amiguitas, se hacía más rápido el movimiento de pañuelos.

Dice la gente que todas las despedidas son desagradables; pues ésta mucho más porque se nos iba la alegría de toda la comarca. ¿Te imaginas que me tengo que pasar casi medio año sin verlas?





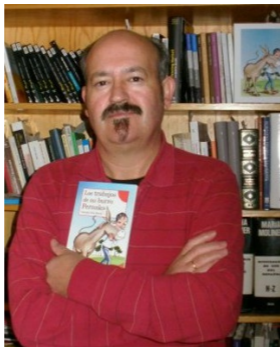


Ya estaban muy lejos de nosotros...

Entonces, para tranquilidad mía, les dije:

—Cuando pase el invierno, volvéis a mi pueblo, ¿vale?

Yo creo que me dijeron que sí con el pico.



GERMÁN DÍEZ BARRIO (Buenavista de Valdavia, 1952) es profesor de literatura y estudioso del folclore. En sus obras para niños rememora las escenas de su propia infancia y las enriquece gracias a sus conocimientos de las tradiciones populares.